



La aventura de los mercenarios

Quizá la definición más exacta del mercenario moderno sea la proporcionada por François Xavier de Vivie en «Histoire Revue»: «El dinero —señala— no es necesariamente el único motor de los mercenarios. Se han convertido en minoritarios los que están dispuestos a combatir en cualquier parte y sin importarles quién les paga. Hoy, muchos mercenarios rechazan esa calificación. Afirmando combatir por sus ideales y por la aventura, se presentan a sí mismos como «voluntarios». Pero no iremos hasta el extremo de afirmar que el mercenario en estado puro haya desaparecido en el siglo XX. Bajo el vocablo «mercenarios» nos referimos a hombres independientes, disponibles para acciones armadas en beneficio de empleadores extranjeros, sea cual sea el móvil determinante de su alistamiento: dinero, ideales, política, amor por el riesgo y la aventura, romanticismo de la acción, aficiones exóticas, inadaptación a la vida regular. Es un abanico humano muy amplio, desde el «defensor de Occidente» hasta el medio vagabundo, desde el profesional frío al inconsciente aficionado».

La guerra del Chad ha vuelto a poner sobre el tapete el tema de los mercenarios. Reclutados en Francia y Bélgica, algunos de

Los perros de la guerra

ARTURO PEREZ-REVERTE

Para unos es el dinero; para otros, la aventura. Para la mayor parte se trata de seguir trabajando en la única profesión que conocen: la guerra. Se les llama mercenarios, término que el diccionario de la Real Academia, de forma ya un tanto desfasada, define como «la tropa que sirve en la guerra a un príncipe extranjero por cierto estipendio».

ellos a través de Embajadas zaireñas, varias docenas de combatientes europeos en número no determinado realizan labores de instrucción en el manejo de material militar con las fuerzas gubernamentales e incluso, señalan diversas fuentes, participan directamente en los combates.

La historia de los mercenarios en el siglo XX se encuentra estrechamente ligada a África. En una extensa serie de reportajes que realicé hace cosa de un año para la revista «Defensa», los distribuía en dos generaciones.

Los mercenarios de la «primera generación» estaban integrados, en su mayor parte, por ex combatientes de las últimas guerras, «soldados perdidos» de la Legión Extranjera, «paracas» franceses veteranos de Indochina y Argelia, viejos soldados de la Wehrmacht o las Waffen SS alemanas, británicos procedentes del SAS o los comandos. Durante la década de los sesenta, la época dorada de los mercenarios, los combatientes a sueldo europeos tejieron en África una leyenda que todavía perdura.

De Katanga al Yemen.

Katanga fue posiblemente su mejor hora. Para man-
(Pasa a la pág. siguiente)

La aventura de los mercenarios

Combatiendo a los «simbas»



los
perros
de la
guerra

(Viene de la pág. anterior)

tener la independencia del pequeño Estado africano frente al resto del Congo, el presidente Tshombe reclutó en Europa mercenarios expertos en hacer la guerra. Las Naciones Unidas, que se oponían a la secesión katangués, enviaron a Katanga tropas suecas, irlandesas, etíopes e indias, con la misión de aplastar la fuerza mercenaria. La operación se llamó «Ponche al ron» y resultó un fracaso: 96 mercenarios lograron eludir el cerco de la ONU y prosiguieron encuadrados al Ejército katangués. Sin darse por vencida, la ONU volcó toda su potencia militar en una nueva operación llamada «Morthor», destinada a barrer a los mercenarios para después poder obligar a Tshombe a reintegrar Katanga en el Congo. A pesar de la aplastante superioridad de los «casos azules», los 96 mercenarios y algunos gendarmes katangués, mandados por Roger Faulques —veterano de Indochina— mantuvieron en jaque durante meses a las tropas de la ONU, causándoles 650 muertos. Era una lucha de golpes de mano, de emboscadas,

en las que pequeños contingentes mercenarios golpeaban, se retiraban y volvían a atacar sin descanso. Pero la guerra se prolongaba demasiado. La poderosa Unión Minera, dueña de casi toda Katanga, abandonó a Tshombe, y los Estados Unidos hicieron otro tanto. Tshombe se había quedado solo con sus agotados voluntarios extranjeros. El propio Presidente katangués arrojó la toalla, despidiendo a Faulques.

La ONU envió nuevos refuerzos. Entonces, los últimos 40 mercenarios, mandados por el francés Bob Denard, se retiraron hacia Angola sin dejar de pelear. Su gesta katangués les valdría, muy pronto, un nuevo contrato.

Ese contrato llegó pronto, y fue precisamente el que había sido enemigo de Tshombe, Mobutu, quien impresionado por la eficacia de los mercenarios les ofreció el nuevo trabajo: la guerra contra los «simbas».

En Stanleyville, al norte del Congo, se habían sublevado las tribus a impulsos de la entonces influyente propaganda maoísta. Miles de blancos, atrapados en territorio rebelde, eran mantenidos como rehenes,

● Por la guerra del Yemen pasaron casi 3.000 mercenarios

violadas las monjas, torturados los hombres. Impotentes, las tropas de la ONU se habían retirado. Entonces Mobutu llamó a los mercenarios. Tras una larga lucha abriéndose paso por la selva, en la que uno de cada tres soldados de fortuna encontraría la muerte, lograron liberar Stanleyville y a los rehenes blancos, en operación combinada con los paracaidistas belgas que saltaron sobre la ciudad. Durante aquellos atroces meses, llegando hasta alejadas misiones enclavadas en lo más profundo de la selva, los «perros de la guerra» liberaron a sacerdotes, religiosas y colonos a los que todo el mundo daba ya por perdidos para siempre.

El Congo se había pacificado, pero Mobutu resolvió mantener allí a los mercenarios, encuadrándoles en el Ejército nacional. En 1967, tras el rapto por Mobutu de su antiguo empleador, Tshombe, doscientos de los mercenarios que se encontraban en el país, mandados por Bob Denard y Jack Schramme, resolvieron sublevarse contra los 25.000 hombres del Ejército congoleño, y los mercenarios quedaron sitiados en Bukavu. Quedaban 140, pero aguantaron varios meses hasta que, agotados, tuvieron que replegarse hacia Ruanda. La sublevación de los soldados de fortuna hizo que la suerte de los que caían prisioneros en



manos de Mobutu fuese atroz: 31 de ellos fueron torturados durante varios días hasta que murieron. Entre ellos se encontraba el jefe del contingente mercenario español, el comandante Martínez de Velasco que, paradojas del destino, no había querido unirse a la sublevación.

La guerra del Yemen, larga, dura y agotadora, fue también escenario de la actuación de los soldados de fortuna. Por ella pasaron casi 3.000 mercenarios y prácticamente la totalidad de los «grandes jefes» de la primera generación: Bob

Denard, Mike Hoare, Faulques, Herbert Stolz... Casi todos eran veteranos de la segunda guerra mundial de Indochina, Argelia, Katanga y el Congo. La guerra del Yemen duró seis años. Pero antes de que finalizase buena parte de los «perros de la

guerra» habían hecho ya las maletas para Biafra.

De Biafra a las Comores

Biafra no fue para los mercenarios una guerra convencional —casi ninguna lo era—, sino una sucesión de golpes de mano y escaramuzas en la selva. La población ibo se había escindido de Nigeria, y el recién nacido Estado biafreño necesitaba especialistas que encuadrasen a su joven Ejército. También Nigeria contrató profesionales, dándose así el caso de que había mercenarios en los dos bandos, aunque no hay



Los combatientes blancos tejieron su propia leyenda en Africa

De las sirenas al monstruo del lago Ness

MIGUEL GOMEZ GARCIA

En nuestros días, con el resurgimiento de las doctrinas de la parapsicología —telequinesia, videncia, telepatía— en el marco oficial de las ciencias, cobra nuevo valor lo tradicionalmente fabulado, lo mítico, que vuelve a reconsiderarse, buscando en él la posible base lógica que hasta el momento le fue negada. El medio marino es cantera inagotable de leyendas, de supersticiones, de historias fantásticas cuya verdad exacta, en la mayoría de los casos, nunca llegó a desvelarse. Sin embargo, es obvio que toda concepción mítica tiene su origen en un hecho real o en una observación empírica. En esta materia, las últimas décadas no han traicionado el pasado, y el conocido misterio del «triángulo de las Bermudas», donde han desaparecido multitud de barcos y aviones, sin que la comunidad científica haya conseguido ponerse de acuerdo sobre las causas de esta evidencia inexplicable, es un claro testimonio.

La mayoría de las fábulas que conocemos se han cimentado sobre la fuerte base de la cultura grecolatina. Literatura y realidad se juntaban entonces en la elaboración de la fantasía; así surgió Poseidón, el omni-

modo rey del mar, también conocido por Neptuno, que dominaba los océanos con el cetro de su tridente. Los «viejos del mar» que habitaban las aguas abisales, como el pródigo Nereo, padre de las cincuenta fértiles Ne-

Viaje a través de la leyenda



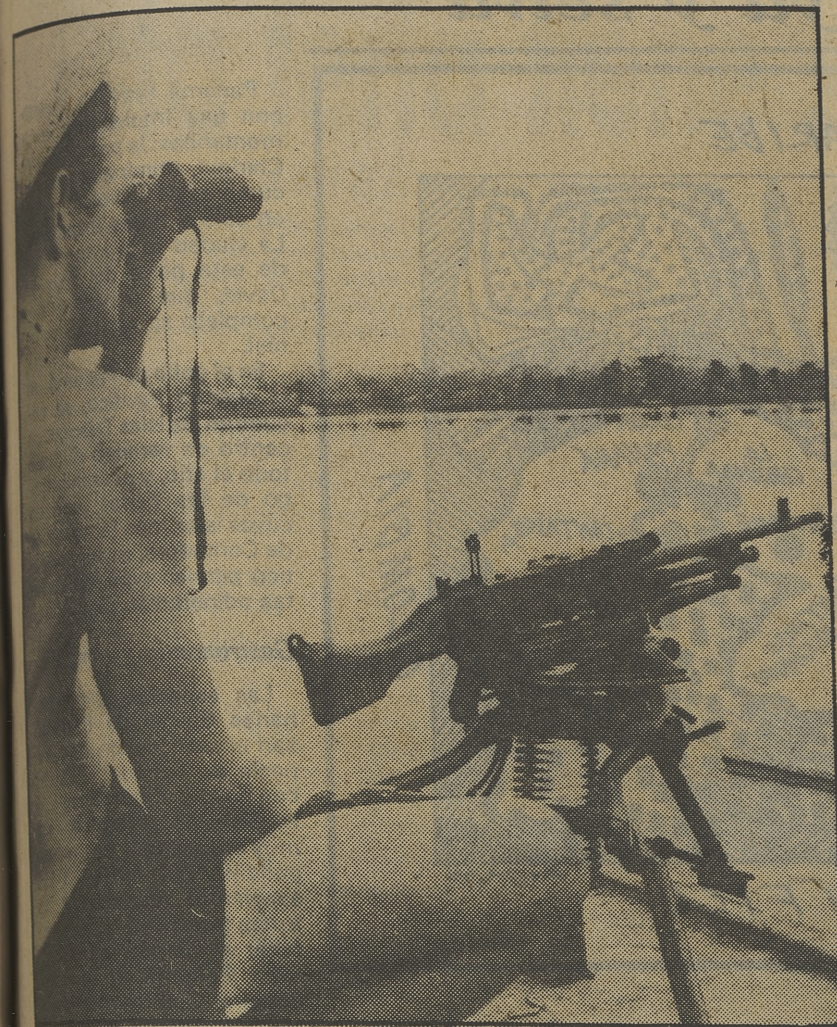
reidas, y el temido Proteo, que decidía destinos e imponía fatales desgracias, nació el mito de los tritones, mezcla de hombres y peces, las temidas Arpias —Escila y Caribdis— de múltiples cabezas, que dominaban las corrientes del estrecho que casa Sicilia

con Italia, y el pastor Glauco, que tornó su naturaleza. También apareció el monstruo Polifemo, quien espionaba las aguas con el brillo terrorífico de su ojo único, y las sirenas, semejantes a aves de presa que acechaban a los navegantes detrás de las olas.

La sirena sonríe, surge el kraken

Con el advenimiento de la Baja Edad Media asistimos al desarrollo de un nuevo tipo de fábulas, condicionado por el medio ambiente. Frente a la medida griega,

el gusto por lo grandioso, por lo sublime, comienza a desbordar en la imaginación de las gentes. La sirena medieval, acaso como sola excepción, parece haber derivado más bien del mito de las Nereidas que de las sirenas griegas. Estas eran deformes, de rostro ganchudo y ademanes amenazadores. Las sirenas medievales, no menos peligrosas, se muestran sin embargo encantadoras, atractivas, envuelven el aire salitroso con su sugestión erótica, y desvían fatalmente a los navegantes con el hechizo de su cántico sensual hacia las peñas duras de los acantilados. El mito de la sirena, que tantos literatos reflejaron como realidad en sus escritos, es sin duda la leyenda más poética de la mar. Hoy se ha justificado su origen en la



↑
Mercenarios supervivientes de Bukavu esperando su evacuación

←
La guerra como profesión

constancia de que se enfrentasen en combate directo.

Biafra no podía vencer. Abandonada finalmente por las grandes potencias, fue aplastada poco a poco. En 1968, al borde del desastre, el presidente Ibo, Ojukwu, nombró al alemán Rolf Steiner jefe de un grupo especial de comandos, la Legión Negra, encargado de dar golpes de mano, que prolongasen la difícil supervivencia de Biafra. Steiner cayó en desgracia y fue despedido finalmente. La secesión biafresa se derrumbaba como un castillo de naipes; casi no quedaban mercenarios: muchos se habían marchado o estaban muertos. La guerra proseguía en la selva.

El presidente Ojukwu huyó del país. Cercados por los nigerianos, los últimos mercenarios blancos em-

barcaron en los postreros aviones que despegaban de suelo biafresa, o se hundieron en la selva con sus últimos ibos, resueltos a vender cara su piel. Y el silencio cayó sobre Biafra.

Con Biafra terminaron las grandes guerras mercenarias. Se estaba ya en el umbral de los años setenta, y los soldados de fortuna de la primera generación eran ya, en su mayor parte, demasiado viejos o cansados para seguir peleando. Fue llegando entonces la «segunda» generación de mercenarios, muy diferentes de aquellos «duros» que se batieron en la SGM, Indochina, Argelia, Congo, Yemen y Biafra. En esta fase, junto al «profesional» se encontró, con frecuencia, buen número de «aficionados» sin la adecuada preparación militar, cuyos resulta-

dos, a veces, se revelaron desastrosos.

Los mercenarios actuaron en los primeros tiempos de la guerra civil libanesa, adiestrando tanto a las milicias cristianas como a los izquierdistas y a los palestinos.

El caso más notorio fue el de Jean Kay, francés, que tras adiestrar a los «fedayin» pasó al servicio de los falangistas cristianos, terminando por casarse con una libanesa. Conoció personalmente a Jean Kaym y también a un grupo de mercenarios franceses con los que estuvo en el campo de entrenamiento de Mayrouba y después en la «batalla de los hoteles», en Beirut. Uno de ellos, Stephan Zanetacci, murió durante el combate. Tenía veintidós años y había ido al Líbano aprovechando las vacacio-

nes veraniegas de la Universidad.

En 1976, la guerra de Angola supuso el mayor desastre en la historia de los soldados de fortuna. Reclutados por el FLNA para enfrentarse al Gobierno angolés y a sus aliados cubanos, los mercenarios fueron contratados en masa sin el menor esfuerzo selectivo. En su mayor parte carecían de experiencia, y ello se vio muy pronto. Había un centenar, en su mayoría británicos, mandados por un incompetente llamado Costas Georgiou, alias «coronel Callan», ex paracaidista en el Ejército británico. Acumularon desastre tras desastre. Veintitrés de ellos se negaron a combatir y trece fueron ejecutados por sus propios compañeros. El propio Callan cayó después prisionero en una emboscada, junto a otros compañeros. Fue juzgado en Luanda y fusilado con tres más. El resto cumple todavía penas de dieciséis a treinta años de prisión.

El FLNA se disolvió, pero otro movimiento de oposición angolés, la UNITA, sigue luchando contra el Gobierno de Luanda apoyada por Sudáfrica. En sus filas hubo mercenarios franceses, entre ellos Bob Denard y Jean Kay, pero casi todos terminaron por marcharse. En la actuali-

dad, los mercenarios que combaten junto a la UNITA son, en su mayor parte, portugueses veteranos de las campañas de Angola y Mozambique.

El campo de acción de los mercenarios sigue siendo África, aunque se ha detectado su presencia en diversas épocas en Laos, Vietnam, Camboya, Filipinas, Nicaragua, El Salvador... Precisamente los «contras» nicaragüenses que combaten contra el Gobierno sandinista desde Honduras cuentan en sus filas un importante núcleo de mercenarios, muchos de ellos norteamericanos veteranos de Vietnam. Pero África sigue siendo el marco por excelencia donde siguen desarrollando sus actividades, quizá por las peculiares características de los países del Continente, que facilitan los golpes de mano.

En los últimos años, los mercenarios no han tenido, sin embargo, mucha suerte. En Benin fracasó una operación aerotransportada dirigida por Bob Denard que, en 1977, intentaba matar al presidente Kerekou y hacerse con el poder. Mercenarios franceses, belgas, suecos, alemanes y españoles aterrizaron en la ciudad y se abrieron paso a tiros hasta el palacio presidencial. Sin embargo, la resistencia fue superior a la esperada y hubieron de replegarse, abandonando so-

bre la pista de aterrizaje todo su equipo y dos cadáveres. Otras operaciones, cuidadosamente planeadas, no han llegado nunca a realizarse a pesas de estar todo dispuesto. Tal fue el caso de una incursión programada para matar a Idi Amin en Uganda, en 1978, y otra para matar a Macías en Guinea Ecuatorial, en 1973.

Frederick Forsyth, el conocido novelista, era uno de los que financiaban la operación. En su novela «Los perros de la guerra» describió con detalle cómo habría podido ocurrir. En 1977, también fracasaron varios intentos mercenarios para abatir al presidente Eyadema, en Togo.

Las incursiones de dos mercenarios de la «vieja generación» en los últimos años, recientes ambas, se saldaron con resultados muy dispares. Mike Hoare intentó derrocar al Gobierno de Seychelles por cuenta de Sudáfrica y fracasó en el intento cuando los mercenarios desembarcaban en el aeropuerto de la capital disfrazados de turistas, en vuelo regular. Se desencadenó allí mismo el combate. Cuarenta y cuatro se apoderaron de un avión y huyeron, pero siete fueron apresados, juzgados y condenados a severas penas.

Bob Denard tuvo más suerte. En 1975, contratado por el líder de la oposición, desembarcaba en las islas Comores con siete compañeros europeos, capturaba vivo al presidente Abdallah e instalaba en el Poder a su empleador, Ali Soilih. Tres años más tarde, contratado esta vez por el Gobierno francés, reclutó 45 mercenarios y volvió a desembarcar en Comores para devolver al Poder a Abdallah. Lo consiguió. Es ya legendario el diálogo mantenido entre Denard y Soilih, cuando en plena noche, pistola en mano, el mercenario irrumpió en el dormitorio del presidente.

—¿Se acuerda usted de mí? —preguntó Denard.

—Claro que me acuerdo —respondió el presidente.

—Usted es el único que podía hacerme esta faena!

visión de un manatí, de un dugongo o incluso de una foca, animales marinos que, de lejos, presentan un discutible parecido, en las hembras, con el cuerpo de la mujer.

Las aguas oceánicas ofrecen una larga historia de testimonios que refieren la existencia de monstruos. Entre ese nudo de referencias, trenzadas en derredor de las zonas marítimas que aún desconocían nuestros antepasados (como el «mar Tenebroso», hoy «mar de los Sargazos»), destacan las que describen a dos gigantes bestias: el calamar gigante y la serpiente de mar.

El primero —también conocido como «kraken»— ha pervivido, desde hace cientos de años, en la imaginación de la gente costera. Se trataba de un gigantesco habitante de las aguas, rodeado de larguísima tentáculos y con el cuerpo idéntico al de un pulpo.

La ciencia, en nuestro siglo, vino a dar confirmación formal a la posibilidad de su existencia. Han sido descubiertas porciones de tentáculos que responden a la

idea tradicional del monstruo. Se ha diseccionado incluso el cuerpo de uno de los animales, hoy conservado en el Museo Oceanográfico de Mónaco, de ocho metros de longitud. Los científicos le clasificaron como una variedad de calamar, el género «architeuthis», que extendido puede alcanzar los 17 metros de largo, como el hallado no hace mucho en la playa de Thimble Tickle.

Nessie y los continentes desaparecidos

Más difícil se presenta la constatación de la existencia de la serpiente de mar, cuyo paradigma es el «monstruo del lago Ness», en las tierras altas de Escocia, donde habría llegado a través de un canal procedente del mar. Las referencias escritas y la tradición nos remiten a la figura de un inmenso animal, de cuerpo cilíndrico y más de treinta metros, que surgía de las aguas y aprisionaba a las naves en la fortaleza férrea de sus anillos. La ciencia admite, forzada por la evidencia, la posibilidad

de que un animal semejante a «Nessie» pueda habitar las aguas, se ha pretendido definirle como una variedad gigante de las anguilas, como un extraño sobreviviente prehistórico, como un «regaleco»..., pero lo cierto es que aún no existe nada definitivo.

Fábula o mito, la tradición recoge también la existencia de dos continentes desaparecidos: la Atlántida, que se hallaría sumergida en aguas del océano que le da nombre, y Ma, perdido en el Pacífico. Platón, en varios de sus libros, trata del pueblo de los atlantes, que extendía sus fronteras a través de una «isla», mayor que Asia y África unidas, situada más allá de las columnas de Hércules —estrecho de Gibraltar— y alcanzaba al «continente que limita al mar» (sin duda, América). En cuanto a Ma, habría unido las tierras de Asia con el oeste del continente americano.

El fantasma de Tabarca

Otras muchas sugerencias ofrece la memoria co-

lectiva. Así, el de los barcos fantasmas o encantados (el «Waratah», el «María Celeste», el «Vassili», el del «holandés errante»), o el que refiere la historia de las islas Flannan, embrujadas al decir de los nativos de la costa cercana. La referencia ocuparía mucho tiempo. Más cercana es la leyenda de la «filla del carabinier». Tabarca es una isla apacible, situada a unas millas del litoral de Alicante. La isla presenta forma de ocho, y está dividida por un pequeño istmo, donde se encuentran un diminuto puerto y una minúscula playa. En una zona de Tabarca están las viviendas del pueblo. En el extremo más alejado de la otra zona se encuentra el cementerio. Cuando anochece, los habitantes raramente transitan por esta parte de la isla, ya que la tradición dice que puede aparecerse la «filla del carabinier», que habría sido asesinada violentamente a raíz de una historia sentimental. Más cercana a Hogdson que a Edgar Allan Poe, la leyenda es bella y concuerda con el tono poético del Mediterráneo.

Los años 80

A. P.-R.

En los últimos tiempos la imagen del curtido mercenario veterano de media docena de guerras ha pasado de moda, siendo sustituido, en buena parte, por jóvenes inexpertos, jubilados que desean conseguir unos ahorros para la vejez, aventureros inconscientes, empleados de oficina hartos de vida rutinaria, aficionados con más sueños en la cabeza que competencia como combatientes. Hasta tal punto ha llegado esta «degradación del mercenariado», por decirlo de alguna forma, que los auténticos profesionales se lo piensan ahora mucho antes de embarcarse en dudosas aventuras junto a compañeros de poca fiabilidad.

Las «condiciones laborales» también han cambiado. La «época de los grandes contingentes mercenarios» pasó de moda: los ejércitos tercermundistas han mejorado su armamento y preparación. El futuro parece sólo reservar trabajo para mercenarios altamente cualificados, técnicos en electrónica, transmisiones, armamento, especialistas en contrainsurgencia, etc. Los clientes de los años 80 —de los que son buena muestra algunos emiratos del golfo— no necesitan ya carne de cañón, sino expertos en los complejos vericuetos de la guerra moderna, instructores. El mercenario del futuro es un técnico anónimo y eficaz. Todavía surgirán casos de acciones mercenarias «clásicas» en África o en otro lugar. Pero serán los últimos coletazos de un folklore que se extingue. La guerra moderna ya no deja espacio para los aficionados. La leyenda murió en Angola.

Carretera y Manta es un complemento de viajes y aventuras coordinado por la sección de reportajes de PUEBLO

Panamá: entre playa y selva

PATRICIA NIETO

En Panamá el viajero no sólo tendrá la oportunidad de admirar el canal más famoso y más polémico del mundo y visitar ciudades que evocan la época colonial; también podrá escoger entre una variedad de playas —de las más atractivas de América— para practicar deportes náuticos o simplemente descansar sobre la finísima arena.

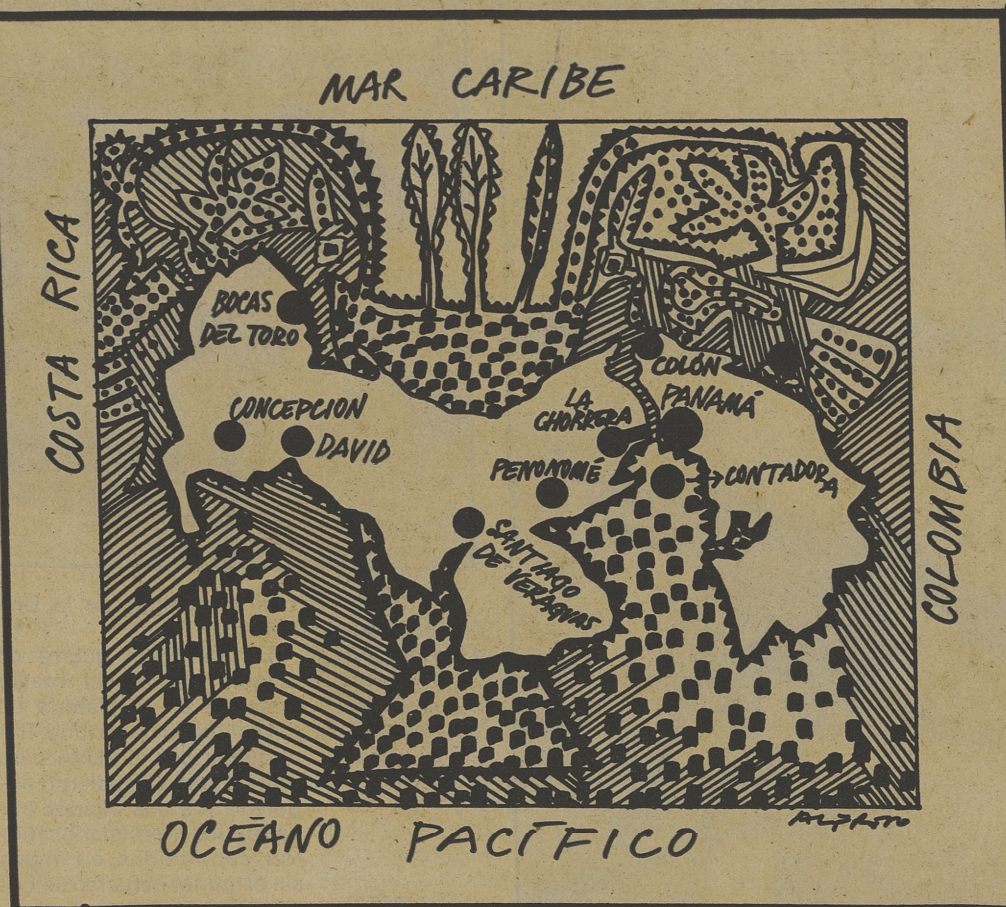
Miraflores es un buen mirador para obtener una panorámica de la actividad del canal. Esta zona atrae a muchos visitantes que acuden a ver maniobrar los barcos que cruzan de un océano a otro.

La capital, Panamá, fue fundada oficialmente en 1519 para sustituir a Santa María la Antigua del Darién, primer emplazamiento permanente de los españoles en territorio americano. Al ser descubierto el Perú, Panamá canalizó el tráfico del oro con destino a España y se convirtió en un centro comercial de gran importancia. Tales circunstancias despertaron la codicia de los piratas ingleses, de tal manera que, en 1671, Henry Morgan asoló y saqueó la ciudad, lo que impulsó a los españoles a variar su emplazamiento erigiendo la nueva capital en la zona que actualmente constituye el «casco antiguo». Hoy día, Panamá está formada por tres ciudades en una: las ruinas de la ciudad vieja, la parte colonial y la zona moderna; cada una de ellas ofrece al visitante sus particulares atractivos. Entre las ruinas de la vieja ciudad pueden visitarse las del puente del Rey, el convento de San

José, la casa del Cabildo, la casa de los Genoveses y el Hospital de San Juan de Dios, así como parte de las murallas y de un antiguo fuerte. En el Museo del Hombre Panameño, situado en la plaza del cinco de Mayo, se conservan numerosos objetos precolombinos, así como otros objetos de arte sefardita y oriental. Recomendamos al viajero deambular sin prisas por las estrechas callejuelas de la vieja ciudad colonial, pues constituye una experiencia llena de encanto y de aroma del pasado. En la parte moderna se debe visitar la iglesia de San José, cuyo interior guarda el famoso «Altar de Oro», que escapó al saqueo de Morgan por haber sido recubierto con una mezcla preparada con albayalde que impedía ver el oro con que estaba construido.

La selva panameña

La cercana Colón es la segunda de las ciudades



LA RUTA DEL DARIEN

del país, y desde ella se puede acceder a las islas de San Blas, donde habitan los indios «cuna» que confeccionan unas preciosas telas llamadas «molas». Estos indios mantienen unas costumbres que se remontan a hace más de mil años, viven en cabañas de bambú, se adornan con hermosos objetos de oro y basan su economía en el coco. A quienes prefieran los ambientes menos sofisticados

les recomendamos una visita a la provincia de Darién, en el extremo oriental. En esta zona la naturaleza se ofrece al visitante rica y exuberante: helechos gigantes, viñas trepadoras, inmensos árboles, pájaros multicolores, aguas cristalinas surcadas por peces de colores, son algunos de los reclamos para atraer a los más aventureros. Si usted está harto del acoso de la ciudad y busca la

naturaleza para relajar sus «stresados» nervios será ésta sin duda la zona que más le convenga para sus vacaciones. Un equipo de buceo le será muy útil para explorar estas magníficas y transparentes aguas.

Panamá también cuenta con una interesante zona montañosa: la provincia del Chiriquí, dominada por las cumbres de un volcán y rica en café y flores tropicales. La ciudad más importante de esta parte del país es David, que conserva por completo su aspecto colonial.

En el golfo de Panamá, en el océano Pacífico, se encuentran las islas Toboga; un centro de verano durante todo el año, y el archipiélago de las Perlas, una de cuyas islas más famosas, la de Contadora, es un auténtico paraíso para los turistas adinerados.

Gastronomía y compras

Las especialidades culinarias típicas de Panamá son el «sancocho», una especie de hervido; el arroz con pollo y el «ceviche» que es pescado. También está muy arraigada la cocina española y la francesa. Y los excelentes mariscos y las frutas tropicales no pueden faltar en ningún menú.

En Panamá se pueden comprar variadísimos objetos procedentes de todo el mundo a precios muy asequibles gracias a la existencia de múltiples zonas libres de impuestos. Las tiendas llamadas Artesanías Nacionales ofrecen al visitante la posibilidad de adquirir productos propios de la artesanía popular como «chaquiras», unos preciosos collares de cuentas confeccionados por los indios guaymí; «montunos», camisetas para hombres; «polleras», vestidos de encajes; molas, etc.

Panamá: pieza clave entre las dos Américas

La región del istmo de Panamá fue descubierta en 1501 por Rodrigo de Bastidas, quien iba acompañado por Juan de la Cosa y Vasco Núñez de Balboa. Colón, un año más tarde y en el transcurso de su cuarto viaje, desembarcó en tierras de Veraguas donde trató de establecer la primera colonia española. En 1508, la Corona española decidió la colonización de la llamada tierra firme, y en 1513, Vasco Núñez de Balboa descubrió el océano Pacífico del que tomó posesión en nombre de Castilla. En 1519, Pedro Arias Dávila fundó la ciudad de Panamá, que se convirtió en uno de los centros más activos del imperio español en América y de allí partieron las expediciones de Pizarro que acabaron con la conquista del Perú.

Panamá fue colonia española de 1535 a 1821, y desde el 28 de noviembre de esta última fecha hasta el 3 de noviembre de 1903, formó parte de la República de la Gran Colombia. En 1826 fue sede del Congreso Interamericano convocado por Simón Bolívar. En 1903, Colombia autorizó a los Estados Unidos la construcción, protección y dirección de un canal interoceánico en Panamá. El 3 de noviembre de 1903, un movimiento separatista, de acuerdo con el Gobierno de los EE. UU., proclamó la República de Panamá. Tres días después, el Gobierno norteamericano reconoció la nueva República y el 18 de noviembre del mismo año ambos países firmaron el tratado de Bunau-Varilla, por el que los Estados Unidos adquirieron el derecho a construir un canal a través del istmo, una faja de tierra de 1.432 kilómetros cuadrados.

La República de Panamá se caracteriza por dos rasgos esenciales: su naturaleza tropical y su situación de encrucijada de las rutas americanas, atlánticas y pacíficas, situación privilegiada que se revalorizó con la apertura del canal en 1914.

El 50 por 100 de la población panameña vive agrupada en ciudades y su economía se apoya preferentemente en la agricultura que ocupa a casi el 50 por 100 de sus habitantes. El tráfico comercial constituye la principal actividad económica, con más del 40 por 100 a su cargo de los ingresos del país. Panamá posee una de las mayores marinas mercantes del mundo con más de 3.000 buques, aunque la mayor parte de los navíos registrados con su bandera son de armadores extranjeros que se acogen a los beneficios fiscales del país.

Espejo de la aventura

BRAZZA

ASUNCION HERNANDEZ

Pierre Savorgnam de Brazza fue explorador y oficial francés de origen italiano. Nació en Castelfandolfo en el año 1852, y ya niño soñaba con ser marino. Como Italia entonces no tenía flota, ingresó en la Escuela Naval francesa a los dieciséis años. Después de varios destinos, fue adscrito a la división del Atlántico Sur y tomó contacto con el África negra en Libreville.

Tras obtener la nacionalidad francesa, consigue una importante misión del Gobierno: la exploración del curso del Ogooué. Esta expedición duró dos años y en todas partes fue bien recibido, excepto en las orillas del Alima, donde tuvo que batirse en retirada tras los ataques de los apufus. En 1878 el rey de Bélgica le propone secundar a Stanley en la obra que éste ha emprendido en el Congo y suavizar los métodos de éste, que por su brutalidad corre el riesgo de enemistarse con los negros. Brazza se niega porque quiere serle fiel a Francia, su país adoptivo. Convince a Jules

Ferry y Gambetta para que le manden a plantar la bandera tricolor en los bordes del Stanley Pool, esa parte ensachada del Congo, cuyas orillas todavía no pertenecían a nadie.

Brazza se embarca con pocos hombres y dinero, y seis meses más tarde se encuentra en la desembocadura del Congo. Leopoldo II había prevenido a Stanley: «Llamamos seriamente su atención sobre los probables proyectos de monsieur De Brazza, y le encarecemos que lleve a cabo todos sus esfuerzos para no dejarse sobrepasar por él.»

Brazza mereció por su actitud, siempre humana respecto a los africanos, la amistad del rey Makoko, cuyos territorios confinaban con el Congo. Firmó con él un tratado de amistad y así el rey colocó sus territorios bajo la protección de Francia.

Más tarde le llegó una orden de abandonar el mando porque Stanley y Leopoldo II habían presionado sobre el Gobierno francés para que Brazza dejara a Bélgica manos libres en el Congo. Brazza consiguió convencer a Francia para que no se dejara ganar

la partida, y así hubo un Congo francés vecino de un Congo belga.

Brazza ha dejado en África el recuerdo grato de un colonizador respetuoso con el hombre: «Manténeos en contacto con los negros —escribió en una de sus instrucciones—, esforzados en comprender no sólo las palabras que pronuncian, sino también su mentalidad. Mezclaos en sus vidas. Visitad sus pueblos, interrogad a las mujeres y los niños. ¡Nada de armas! ¡Nada de escoltas! No olvidéis que sois intrusos a los que no se ha llamado.»



La humanidad de la conquista